

georges duby a la búsqueda de la edad media *

Traducción de LUIS ALFONSO PALÁU C. **

En el cuadro de Boticelli, **La primavera**, Mercurio levanta su caduceo para desgarrar las nubes con el fin de que vuelva la luz. Esta sería una bella metáfora para Georges Duby que, desde hace cerca de cincuenta años, se obstina en atravesar la oscuridad que envuelve los tres siglos (del X al XII) que rodean al Año Mil. Una amplia marejada de tiempo salpicado de raros testimonios, de escasos documentos y de vestigios humildes o sublimes. Su confrontación, su conjunción, sin embargo, dan bastantes elementos para excitar la investigación pero permanecen demasiado parcelados como para no suscitar frustra-

ciones e interrogaciones que quizás nunca tengan respuestas. Es necesario entonces recurrir a las virtudes de la imaginación, a las astucias del espíritu y a los recursos de todas las ciencias humanas para alcanzar algunas verdades, mientras se está suficientemente enraizado en su época para apreciar los obstáculos que separan de esa era lejana.

Georges Duby se entrega a esta búsqueda que liga lo muerto y lo vivo, que hace al hombre occidental deudor de una herencia compleja. Es además el único de nuestros grandes intelectuales de este fin de siglo que rebasa ampliamente su campo de investigaciones y que lo liga a la creación contemporánea. Gracias a que es un hombre de una cierta mirada, así como melómano y gran lector de novelas, Georges Duby ha encontrado algunas claves de su mundo desaparecido. No existe ningún gran historiador que no comience por ape-

* Entrevista aparecida en el N° 348 del "Magazine Littéraire" de noviembre de 1996, pp. 98-103. Realizada por Michel Pierre.

** Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín.

lar a sus sentidos. Ellos lo animan, lo mantienen deseoso, con voluntad de saber. Y es así como se abren paso algunos destellos de luz.

Es necesario también el placer y la exigencia del estilo —placer y sufrimiento— con el fin de deslizarse lo más cerca posible de alguna verdad. Blaise Cendrars pensaba que “la escritura no es ni una mentira, ni un sueño, sino la realidad y, tal vez, todo lo que alguna vez podremos conocer de lo real”. Para Georges Duby, ella es también una herramienta, labrada durante mucho tiempo y pulida para una obra que se revela como un canto, un himno a las mujeres, a los caballeros, a los sacerdotes y a los rústicos de los tiempos feudales. Un himno cuyas más bellas páginas acaban de ser reunidas en un volumen de más de 1.300 páginas que lleva el título genérico de *Féodalité* y en el que se reúnen once títulos esenciales (*Guerreros y campesinos; El año mil; Los tres órdenes o el imaginario feudal; Guillermo el Mariscal; El caballero, la mujer y el cura*). Un segundo volumen, tan copioso como éste, reunirá los escritos sobre arte. Siempre con relación y al servicio de esta humanidad medieval que con voz apagada está en archivos, museos y santuarios y a quienes Georges Duby restituye vibraciones de vida.

*

Michel Pierre: —Una obra reunida así, en dos volúmenes de más de 1.300 páginas cada uno y cuyo primer volumen acaba de ser editado, ¿engendra algunos sentimientos en su autor?

Georges Duby: —Cuando se me propuso este proyecto, permanecí perplejo, por no decir reticente. Temí mucho reunir trabajos tan dispersos en el tiempo, ofrecer un recorrido heteróclito haciendo avestardar tantos escritos disímiles. Finalmente acepté y por medio de una cuidadosa selección de obras y de artículos, reencontré los hitos de mi itinerario y allí vi una continuidad, como un encadenamiento preconcebido. Espero que el lector también

llegue a sentir esta impresión que es la mía, la de circular como a través de una novela construida, de capítulo en capítulo, a la búsqueda de una cierta Edad Media. Me dio miedo igualmente el carácter macizo del libro, el ladrillo indigesto; pero esta pregunta parece inapropiada de aquí en adelante dada la acogida del público.

—¿Usted no tenía pues la impresión de haber tejido una obra coherente, seguida, homogénea?

—Realmente no me había planteado la cuestión. No había vuelto a leer esos títulos y me sorprendió descubrir que yo era el autor de ese conjunto. De hecho, no me había dado cuenta con suficiente lucidez de que mi recorrido estaba ya en filigrana en mi tesis de doctorado publicada en 1953 sobre el Maconado. Allí se encontraban ya las preguntas a las cuales me esforzaba por responder desde hace medio siglo, al darme por tarea el comprender el funcionamiento de la sociedad feudal. Y mi procedimiento no ha cambiado, como el de un espeleólogo del tiempo que arranca de las partes mejor aclaradas, las más fáciles de observar y se dirige poco a poco hacia las tinieblas. Para llegar a mi trabajo más reciente, el que hago sobre las mujeres del siglo XII. Una trilogía por fuera de este libro pero que es como su conclusión.

—¿Constituyen las mujeres de esos tiempos de antaño el continente más oscuro?

—Indiscutiblemente. Esa sociedad medieval, militar y clerical, está compuesta por hombres, son ellos los que han suscitado la pluma de los historiadores. Las mujeres no aparecen o aparecen poco en la historiografía. Nadie, —aparte de los autores de novelas históricas o de los hagiógrafos que presentaban los destinos de Juana de Arco o de Santa Radegunda, pero sin muchas preocupaciones científicas— se ha ocupado verdaderamente de hacerles un lugar como objeto de investigación. Hace quince años comencé a interesarme en ello, en mis cursos y mis seminarios en el Collège de France. En un momento en el que,

esencialmente en los países anglo-sajones pero también un poco en Francia, se desarrollaba la preocupación, yo diría, feminista, por restablecer a la mujer en su verdadero sitio histórico. ¿Cómo aproximarse a su imagen, a sus funciones, a sus pensamientos y a sus sensaciones? Después de haber estudiado el universo de los guerreros y de los campesinos, me importaba saber cómo funcionaba el de las mujeres. Primero estudié los problemas del matrimonio en *El caballero, la mujer y el cura*, después abordé zonas aún más oscuras. Pero esta ambición no era encarable sino después de haber tenido la impresión de que otros resortes y actores de la sociedad feudal estaban más o menos colocados en su lugar y que era necesario tratar de ir a las franjas, a las márgenes, allí donde las informaciones son de una pobreza muy grande. Ellas dejan apenas aparecer algunos elementos tenues sobre la capa muy delgada que sobrevuela la sociedad; para el resto, para las mujeres del pueblo, nuestro saber es prácticamente nulo, quizás para siempre.

—Después de decenios de trabajo, ¿qué es lo más o menos claro en nuestro conocimiento de ese tiempo y qué es lo que cree que permanecerá para siempre oscuro?

—Nada es totalmente claro. El carácter muy discontinuo de nuestra documentación deja muy amplias zonas de sombras. Pero sin embargo me parece que no habría descubrimientos considerables por hacer en la comprensión de lo que era la economía de esa época, ya se trate del trabajo de la tierra, de la penetración progresiva del dinero, del desarrollo del gran comercio. Todo esto se lo ve bastante bien después de los trabajos de Pirenne o de Marc Bloch. Mientras que los trabajos de los antropólogos, de los africanistas en particular, han permitido afinar nuestra reflexión sobre la moneda, por ejemplo. Es decir, desprenderse de una visión actual de sus papeles y de sus funciones para discernir allí aspectos simbólicos.

Tampoco habría gran cosa por descubrir en las relaciones entre las clases so-

ciales. Aún podemos interrogarnos sobre el poder y la práctica del poder. En este punto también habría que desprenderse de las ideas preconcebidas salidas de nuestra actual concepción de lo político con el fin de tratar de captar mejor lo que podían ser las relaciones de fuerza entre los diferentes actores sociales y sobre todo para descubrir todo aquello que había de simbólico en el ejercicio del poder. Es un campo que me parece susceptible de atraer actualmente investigadores pero que no debería trastornar nuestra visión de las cosas.

Por el contrario, lo que merecería ser explorado seriamente, lo que me faltó hacer, es el restituir también al religioso su verdadera función dentro de la evolución de una sociedad. Una civilización donde lo sagrado está íntima, inexorable, indisociablemente mezclado con lo profano. Hablar de “religión” no tiene ningún sentido porque ese término sólo fue forjado en el siglo XVIII para definir precisamente una separación entre sagrado y profano. En los siglos de mi dominio de investigación, todo es religioso y todo está impregnado de sacralidad como en otras culturas contemporáneas, excepto la nuestra.

—A menudo usted ha hablado de esa humanidad de la Edad Media occidental donde el individuo se sabe rodeado de una multitud de criaturas invisibles, protegido por los ángeles, acechado por los demonios, amenazado por los muertos.

—No hay frontera entre los mundos visibles e invisibles. No hay demarcación entre lo que es sagrado y lo que tiene que ver con lo temporal. Es necesario desprenderse de una historia religiosa tal como ha sido practicada hasta el presente. Es necesario llevar a los hombres de iglesia dentro del grupo y por tanto ver mejor lo que los religa con los laicos de manera inextricable. Y tratar de volver a pensar el sitio, el papel, la función de aquel que llamamos el religioso dentro del campo general de la organización social.

—¿Será necesario también volver a aprender a mirar las imágenes de los santuarios?

—No solamente las imágenes sino también su organización espacial. Es necesario igualmente tener en cuenta —sobre todo porque no lo hemos hecho hasta ahora— palabras, gestos que tenían una función misteriosa y que constituían el cimientito de las relaciones sociales. Sería necesario revisar lo que se dice de los gestos y de los ritos de homenaje, clave de la construcción de la civilización de los caballeros. Medir el peso de lo sagrado sobre una tal historia y sobre la manera como luego todo eso se repercute. Es una indagación que yo no haré pero que invito a los más jóvenes a emprender.

—¿Y es necesario volver a dar a algunos acontecimientos tocantes a la historia del cristianismo su verdadera importancia?

—Completamente. Yo le concedo por ejemplo un lugar fundamental a la personalidad de Francisco de Asís, figura de la mutación considerable que se opera a fines del siglo XII y a comienzos del XIII. Por algunos de sus gestos es aún muy dependiente de las prácticas anteriores, de la cultura caballeresca con la que comparte los valores. Pero al mismo tiempo, es de él de donde parte todo lo que queda de cristiano en nuestra civilización contemporánea. El es, con Jesús, él que más ha actuado sobre la evolución del cristianismo.

—¿Por su optimismo en el destino del hombre y el final de algunos miedos?

—En parte, pero también y sobre todo por la interioridad personal y propia a cada uno del sentido de lo sagrado. De la misma manera que Jesús había dicho que lo que contaba no era la Ley sino el Espíritu, San Francisco muestra por su acción y sus escritos que lo que cuenta no era realizar ceremonias o plegarse a actos sacramentales sino ese impulso de amor hacia Dios, es decir hacia los otros.

—Al lado de esas zonas aún por aclarar ¿quedarán según usted para siempre zonas oscuras en la historia medieval?

—Tenemos, y tendremos siempre que afrontar cuestiones insolubles, como aquellas tocantes a las cifras. Toda estadística

de conjunto es imposible pues, para los siglos de mi investigación, no tenemos ni cifras ni datos numéricos fiables, comprendido aquí el dominio de la demografía. Tenemos ideas, estimaciones, pero nada preciso sobre cuestiones tan importantes como la de la esperanza de vida, tasas de natalidad o de fecundidad o la de mortalidad infantil. No tenemos nada antes de los siglos XIV y XV, y así y todo muy poco y parcial. De esta manera no se percibe bien cuál era la progenitura de una mujer. Cuántos niños daba a luz. Sin embargo todo esto es fundamental para aproximarse a una materialidad que se nos escapa.

—¿Sin embargo se podría extrapolar aplicando al siglo XII conclusiones que sacamos del siglo XVI, cuando los elementos cuantitativos se hacen menos raros?

—Es imposible y peligroso. Siempre se pueden construir algunas hipótesis a partir de algunos datos pero las conclusiones seguirán siendo siempre frágiles. Sobre este período no tenemos más que algunas certidumbres de conjunto. Evidentemente es cierto que la población de Europa se multiplicó por tres entre los siglos X y XIII. Pero, aparte de algunas regiones, no se ve cómo se operó esta extraordinaria progresión. ¿Cuáles son los verdaderos motores de esta expansión? ¿El mejoramiento de las técnicas? ¿El calentamiento del clima? ¿La extensión de los desmontes?

Yo he creído mucho en la importancia de las técnicas agrícolas, pero ahora estoy menos seguro. Quizás habría que buscar en las prescripciones de la iglesia en materia de sexualidad para explicar este impulso. Prohibiendo toda maniobra contraceptiva, poniendo freno al infanticidio, constituyendo un cuadro matrimonial estricto, ella pudo jugar un papel esencial.

—¿Pueden las sociedades también tener impulsos, bocanadas de vida a veces inexplicables?

—Tal vez, pero este impulso es demasiado prodigioso como para no continuar interrogándonos. Después vienen descansillos, regresiones antes de que vuelva a co-

menzar en el siglo XVIII. Pero esta dinámica está ya establecida antes del año mil; se siente una agitación desde la época carolingia. Después el siglo XI conlleva toda la "bella Edad Media". Teniendo por lo demás las consecuencias de un impulso demasiado brutal.

—Si la historia cuantitativa aparece en este punto imposible, ¿qué decir de aquella que trata de aproximarse a los pensamientos de los hombres y de las mujeres de aquella época?

—Nunca llegaremos a saber lo que había verdaderamente en la cabeza. Tenemos claro algunas ideas sobre lo que se llamó en un momento las "mentalidades colectivas", pero los resortes psicológicos individuales nos siguen siendo muy misteriosos. No poseemos datos concernientes a los individuos. Es extremadamente difícil hacer la micro-historia para los siglos XI, XII y XIII. Es rarísimo que se logre iluminar suficientemente un grupo de personajes de los cuales se puede adivinar, aunque sólo sea un poco, las concepciones que ellos se hacían de sí mismos, del mundo y de los otros.

—¿No es también el placer de su investigación?

—Es evidente. En toda investigación estamos llevados por el deseo de conocer mejor, de horadar el misterio y de encontrar algunas fisuras, de deslizarse dentro. Fue lo que intenté hacer aproximándome a las mujeres, proponiendo hipótesis que no son forzosamente exactas. Pero sin embargo se llega a ver, por ejemplo, que en los años 1180 hay una especie de recodo que se dibuja y los hombres comienzan a considerar las mujeres de una manera diferente. Comienzan a concederles un espacio de libertad un poco más amplio y a tenerles menos miedo. Sobre todo esto, evidentemente, yo hablo en primera persona. Es lo que creo a título personal y no se trata de ninguna manera de una verdad que yo imponga.

—Incluso si usted parece sentir la falta de algunos datos en cifras, ¿le hacen falta verdaderamente las estadísticas?

—Yo le tengo un horror profundo a la historia serial, a la historia cuantitativa. Nunca habría podido hacer historia del siglo XX, me habría perdido en la masa de los datos. El azar que me llevó hacia una tesis a partir de los archivos de la Abadía de Cluny fue benéfico. Me detuve en ese período del siglo X al XIII, y me encontré allí con bastante información como para distinguir algunos hitos serios pero sin abundancia de fuentes que entraban la libertad de imaginación. Una imaginación que yo mantengo frenada pero que también me es posible dejar vagabundear. Esta proporción de negro y de blanco, de claro y de oscuro me ha seducido mucho.

—Para usted ¿esta libertad de lo imaginario se acompaña igualmente de la búsqueda de un estilo, de la exigencia de una escritura?

—Es una búsqueda a dos niveles. A nivel personal, se trata de captar, de acosar lo que el juego de la imaginación suscita. Y de transcribir de manera suficientemente precisa impresiones, dejando una puerta para soñar sobre esas impresiones. Pero no es simple dar una última mano a un estilo y el dolor tiene allí su parte. Sufro por comunicar lo más precisamente posible mis sentimientos, esa forma de emoción que el historiador experimenta frente al documento que dice mucho pero nunca suficiente, y sobre el cual él puede apoyarse para saltar un poco más lejos. Mi manera de escribir es muy dependiente de mi oficio de profesor. Yo tengo en cuenta decisivamente a aquellos que me escuchan, que me han escuchado y que hoy me leen. Se trata de entrar en comunicación con ellos y de hacerlos partícipes de mi placer, mis inquietudes y mis emociones. Y todo esto no es posible más que con una pequeña dosis de poesía en la manera como uno se expresa.

—¿No está usted un poco aislado en la corporación de los historiadores por esta dedicación al estilo, a la elegancia de la mediación?

—Es verdad que me han hecho ese reproche, arguyendo que la investigación no

debe preocuparse de la escritura, que más vale consagrar su tiempo a buscar que a pulir frases. Incluso ahora, algunos colegas siguen convencidos de que se pierde en rigor y en claridad yendo hacia lo poético. Ahora bien, yo creo que es exactamente lo contrario, ¿cómo quiere usted hablar de rigor y de claridad en un dominio donde la luz es tan débil? La única manera de lograr algunos destellos, de adivinar fisuras es la de unir la felicidad de escribir con la de imaginar.

—Usted también da muestras de su originalidad en su gusto por la creación contemporánea y por su conocimiento de las artes plásticas.

—Siempre he tenido dos partes en mi vida, una parte para mi oficio, que he tratado de realizar lo mejor posible, pero dejando siempre el tiempo para lo que me gusta, y entre lo que me gusta está lo que he convenido en llamar las artes plásticas. Mantengo relaciones estrechas con los grandes artistas de nuestro tiempo y a veces me toca, para tal o cual exposición, escribir textos. Pero nunca voy más allá de un prefacio, no trato de escribir un ensayo sobre las artes plásticas. Una obra se hace para ser vista y no para que se glose sobre ella hasta el infinito. Le tengo pavor a cierta crítica de arte dominada por manipuladores de frases que se contemplan ellos mismos en lugar de mirar el trabajo del creador. Incluso cuando un amigo me solicita un prefacio no dejo de hacerlo con muchas reticencias.

—¿La frecuentación íntima de la Edad Media prepara para una mirada curiosa sobre el arte de nuestro tiempo?

—Yo tengo esa impresión en tanto que no faltan las experiencias logradas como las intervenciones de Soulages en Conques o de Raynaud en Noirlac. Cada uno de ellos encontró la solución perfecta para crear vitrales en perfecta armonía con los lugares. Sin pastiche, sin burdas citas, sin referencias pesadas. Por ejemplo J. P. Raynaud reencontró en Noirlac las lecciones de la austeridad cisterciense en el desposeimien-

to y la economía de medios. Y más allá uno percibe que el arte medieval está con frecuencia en resonancia con el arte de nuestro tiempo: se pueden así establecer correlaciones entre Pollock y los miniaturistas ingleses del siglo XII, entre algunas formas del arte medieval y el expresionismo, y este arte antiguo presentaba la misma abundancia que el actual.

—¿No estaba más en concordancia con los fieles que el arte actual que parece reservado a una élite?

—El arte medieval era también un arte muy elitista, muy conceptual, poniendo en juego mecanismos intelectuales, una cultura muy elaborada, bastante alejada de la de las masas. ¿Quién podía así comprender la significación del tímpano de Vézelay mientras que los más sabios de entre nosotros aún penan por hacerlo? Esos grandes teólogos, esos grandes intelectuales que lo habían concebido estaban sin duda más alejados de la población de lo que lo pueden estar los creadores actuales. La diferencia tiene que ver quizás con una polise-mia del estetismo medieval, una parte era inmediatamente captable, luego venían nuevos estratos de comprensión hasta los más refinados. Lo mismo ocurría con la literatura. Chrétien de Troyes puede leerse en un primer grado, en la comprensión inmediata, luego vienen muchos otros sentidos reservados a los iniciados. Todo cambia evidentemente con los Franciscanos y con los Dominicos, con su voluntad de convencer, de vulgarizar lo más cerca de la sensibilidad de los fieles.

—Este interés por el arte actual ¿es simbólico de la atención que usted tiene por la vida del mundo contemporáneo en general?

—Para ser un buen historiador es necesario vivir en el presente, comprometerse en el mundo. Uno no se puede poner al margen ni de lo político, ni de lo social de su tiempo. Ni por supuesto del campo de lo estético y del arte. Lo mismo ocurre con la lectura, siempre he leído muchas novelas contemporáneas, pero yo encuentro poco mi pitanza en la literatura actual.

SOBRE LA SOCIEDAD FEUDAL

Georges Duby. *Féodalité*. Paris: Ed. Quarto Gallimard, 1996.

Fue en 1946, en la revista *Le Moyen Age* donde Georges Duby firmó su primer artículo antes de publicar en 1953 su tesis sobre *La société aux XI^e. et XII^e. siècles dans la région maconnaise*. Desde entonces su nombre ha figurado cerca de ciento cincuenta veces como firma de obras o de artículos, como maestro de obra de una colección o co-autor de síntesis, hacedor de prefacios o jefe de orquesta. Y siempre al servicio o en relación con la humanidad de la "bella Edad Media" restituída en el volumen *Féodalité* en once títulos reunidos.

Al (re)descubrir este conjunto, aparece la rigurosa arquitectura de un trabajo obstinado que trata de penetrar los misterios de siglos oscuros. Un rigor que le debe mucho al marxismo, en lo más eficiente que hay en él como procedimiento histórico, por la voluntad de conceder la importancia que le es debida a las relaciones de producción, a los enfrentamientos sociales e incluso a los sueños y a las revueltas de las "masas populares". Colocada esta sólida armazón, indispensable y evidente, el historiador puede tomar caminos de travesía con el fin de aclarar los basamentos de la sociedad feudal (*Guerreros y campesinos*) hasta su imaginario ideológico (*Los tres órdenes*), la existencia de algunos de sus héroes (*Guillermo el mariscal*), y en las relaciones que rigen a los hombres y a las mujeres (*El caballero, la mujer y el cura*). Casi simbólicamente, a fines de los años sesentas como para enraizar una investigación, Georges Duby privilegia el estudio de los campos. Nadie ha descrito mejor la evolución de los vastos espacios rurales, nadie ha sabido ser a la vez geógrafo e historiador para mostrar las metamorfosis de un paisaje, hacer adivinar pueblos aislados, sitios despejados frágiles, franjas hostiles de las amplias florestas empujadas por los grandes desmontes. Se siente en el vocabulario escogido y la escansión de las

—La Edad Media reaparece desde hace algunos años en las escenificaciones de las sectas, en una cierta literatura que arrastra un fárrago de ritos iniciáticos, de círculo de grandes iniciados, de caballería destinada a guiar la plebe...

—Esto no es nuevo. Desde el siglo XIX, desde los días siguientes a la Revolución, la Edad Media ha sido a la vez un depósito de fantasmas y una pantalla en la que la sociedad ha proyectado sus sueños. Es una época mal conocida, próxima y lejana, un condado de evasiones, siglos a la vez miserables y gloriosos, brutales y refinados, de hierro y de fuego, con colores y sentimientos fuertes. Y además es un largo período, el más largo de nuestra historia, más de un milenio. En los tiempos de desconcierto, la fascinación por la Edad Media regresa muy fuerte. Y allí se busca para sacar lo irracional. En un momento en que el conjunto de nuestro sistema de valores se disloca un poco, en el que las organizaciones religiosas pierden su fuerza y su atractivo así como su capacidad de encuadramiento, la Edad Media hace el oficio de almacén de accesorios. En un período de descomposición del orden antiguo, en una época en la que se atribuye, de manera imbecil, a las Luces todas las desgracias del mundo, no es sorprendente que se desarrolle esta fascinación por un mundo finalmente mal conocido. Lo que ha pasado con el pobre Clodoveo es un ejemplo de ello.

—¿Una conmemoración que le parece que tiene un sentido?

—Una conmemoración que dice mucho más sobre nuestra época que sobre un acontecimiento del cual se ignora la fecha precisa, del cual se nos dice que fundó a Francia, lo que es falso. Un acontecimiento que habría sellado la alianza de la iglesia y de la realeza, lo que es aún más falso. Todo esto es extravagante a los ojos del historiador de la Edad Media pero muy interesante para el estudio de nuestras actuales mentalidades colectivas...

frases toda una emoción para hacer sentir el peso de la tierra y la labor de aquellos que la hacían dar cada vez cosechas menos irrisorias.

El universo de Georges Duby no va más acá del siglo XII ni más allá del X. Esta prudencia tal vez excesiva le ha dado, a lo largo de los años, una libertad creciente, una facilidad en la afirmación de un proceso personal. El saber dominado y la intuición siempre despierta le permiten una comprensión íntima de los hombres y de las mujeres de su campo de investigación. Con una escritura trémula en los últimos textos de esta obra, se aproxima a los clérigos, a los señores y a las mujeres. Totalmente libre en los espacios de su reflexión, se adivina como un júbilo al evocar todo lo que toca con los sentimientos, con el amor, con el deseo. Como si el hecho de escapar totalmente a lo cuantificable y a lo indiscutible abriese por fin el acceso a inéditos caminos del saber.

LOS CASTILLOS DE BELLAS SOMBRAS

Georges Duby. *Damas del siglo XII*. Tomo 1: *Eloísa, Leonor, Iseo y algunas otras*; Tomo 2: *El recuerdo de las abuelas*; Tomo 3: *Eva y los sacerdotes*. París: Gallimard.

En su trilogía consagrada a las mujeres del siglo XII, Georges Duby frecuenta castillos encantados de sombras indecisas, fugaces, sin voz ni carne. Ellas sólo existen por la palabra masculina, la escritura de los monjes o la piedra de los yacientes. Testimonios truncos, parciales, tendenciosos, que necesitan por parte del historiador las prudencias del juez instructor y el recurso a la imaginación. Es necesario aventurarse allí en primera persona. Para tratar de arrojar algunas luces en la cámara de las damas, Georges Duby utiliza tres formas de aproximación que reúnen las funciones que los tiempos feudales reservaron a las mujeres en el seno de terribles contradicciones. Ellas representan el pecado, el pe-

ligro, la maldición pero son igualmente las garantes de las genealogías y del orden doméstico. Fuentes de vida, están también ligadas a las fuerzas maléficas y aseguran los ritos funerarios. Dotadas de una sensualidad desbordante, pueden también sublimar sus deseos y vencer el pecado con tanta más feroz grandeza cuanto que ellas son sus primeras víctimas. A través de este juego complejo de figuras y de símbolos, de funciones y de ritos, la primera iluminación escogida por Georges Duby privilegia ante todo algunas figuras entre las menos indistintas: Leonor, Iseo o Eloísa, mujeres de los grados superiores de la sociedad de las cuales ignoramos para siempre los rasgos del rostro pero de las cuales algunos cronistas y confesores han dejado huellas. De la misma manera como ellos participan en los recuerdos de las abuelas, tema de la segunda obra antes de que el autor describa, en la última, el enfrentamiento de Eva y de los curas en ese siglo XII en el que la iglesia parece por fin haber logrado dominar los misterios que la aterrorizaban. Poco a poco, a lo largo de páginas de una erudición que deja aparecer el placer del escritor y la connivencia con el tema, Georges Duby describe una evolución. Designa las fisuras de un sistema concebido para mantener a las hijas bajo el estrecho control de los padres, a las esposas bajo el de los maridos y a las viudas en el seno de los claustros. Este nuevo reconocimiento de la identidad de la mujer está reforzado por las prácticas del amor cortés donde ella se encuentra en posición dominante. Servida y deseada, ella dispensa sus favores como una soberana con respecto a sus vasallos. Sabiendo guardarse para su esposo y reuniendo en torno a ella —y por tanto a él— una corte amorosa de la que son, tanto el uno como el otro, los héroes en el seno de una forma de amor —l'amor—, el único verdadero, el del deseo contenido. Mutación considerable que ve nacer el amor en Occidente en el siglo XII y que da a la condición femenina una indiscutible promoción en ese gran movimiento de profundidad que libera entonces al individuo de su gregariedad.